

ducido en golpe de muerte para bancos y casas comerciales. Y sufriendo éstos, tienen que extenderse las consecuencias hasta el pueblo, á las clases menesterosas, para quienes la alza del cambio y la baja de la plata significan un gravamen más á los artículos de consumo diario. Distinguidos economistas han tratado profundamente esta materia, por lo que no me detendré en demostraciones.

¿En dónde ha estado ese espíritu investigador de los científicos? ¿Qué se han hecho los principios filosóficos de Spencer? Debían haber hecho aplicaciones en el caso que me preocupa, y tal vez la crisis económica se hubiera conjurado. Mas, para esas aplicaciones, los científicos tienen que buscar la liga de intereses particulares; ellos, es seguro que no entrarán en alarma porque todo el mundo se hunda. Si el señor Limantour estuviese solo, me parece que la resolución hubiera sido más fácil; y, al no estar solo, lo siento por él, porque de una figura simpática ante el pueblo, los correligionarios han hecho un jefe poco acertado en sus disposiciones.

IV

De manera que queda establecido que la crisis económica débese solamente al Partido Científico, porque se le ha ido el tiempo en hacer cálculos de exclusivo provecho, descuidando los intereses nacionales, por los cuales se afana tanto el general Díaz. Y siendo este punto el fuerte de los científicos, serían capaces de gobernar la república? No pueden

con la carga que conocen, menos resistirán la que no conocen.

Harán alarde vano de tino financiero, pero los hechos están probando lo contrario: que los científicos son pésimos financieros. El buen financiero no lo hacen las iniciativas de ley, con exposiciones de brillante forma literaria, sino que es manufactura de un talento previsor y activo. El economista-financiero, por naturaleza propia y sequedad de los números, es poco literato. Lo que equivale á decir que la literatura se opone al desarrollo completo de la ciencia económica. El literato tiene puntos de educación distintos á los del financiero: aquél es soñador; éste es pensador. ¿Soñando es como hacen los cálculos los científicos, acaso? Si así es, la forma expositiva puede ser bella, en las iniciativas de ley, pero los fundamentos tienen que ser muy malos.

Hagamos aplicaciones. La gestión más atrevida del señor Limantour y que de más utilidad podría ser para el país, es la adquisición del control del FERROCARRIL NACIONAL DE MÉXICO. Sin embargo, esta operación es ruinosa y de poquísimo acierto financiero.

La mente del Ejecutivo de la Unión es buena, porque pretende apoderarse de una de las vías férreas de más importancia en el país y evitar el alza intempestiva en los pasajes y fletes; con las cuales se perjudicaría el progreso nacional. Teniendo el gobierno en las manos la administración de la compañía, mediante la compra de un número suficiente de bonos para tener las ventajas de la opción, él impondría su voluntad, y, sin coartar la libertad del comer-

cio, haría que los fletes guarden el medio justo. Esta intervención directa sería arbitraria, si el gobierno no tuviese el control.

Tales son las ideas del gobierno respecto de lo que se ha querido llamar política ferrocarrilera. El papel de los defensores del señor Secretario de Hacienda ha sido muy fácil, pues nada más sencillo que defender doctrinas que no se conocen.

En los términos en que se llevó la operación, me parece que está el error económico, mas no en la esencia de ella misma: aunque aquello de que el gobierno no puede intervenir de una manera directa en los cambios de tarifas ferrocarrileras, sin el control, es una falsedad; pues podría pasar tal cosa en los países en que las empresas ferrocarrileras establecieran sus vías con capitales «exclusivamente» suyos, y no en los que, como en México, el gobierno ha construído las líneas férreas, mediante fuertes subvenciones. En estos últimos; tiene intervención el gobierno sin el control, tanto por el derecho de concesión otorgado á los constructores, como por la subvención brindada en pesos fuertes. Precisamente, el Nacional es de los ferrocarriles mayormente ayudados con dinero.

Argüir, pues, de esa manera, es no conocer el terreno que se pisa. La compra fué conveniente por otras razones de más peso.

Los términos en que se llevó á cabo la compra es antieconómica, pues el interés de $4\frac{1}{2}\%$ y el plazo fijado para el pago son dos desatinos financieros. Dicen los científicos que la operación no grava los bienes nacionales, y pasa lo contrario; que grava y

perjudica. Apoyan su afirmación en que no quedan hipotecados bienes nacionales inmuebles, ni rentas fiscales de algún puerto.

De modo que una nación: ¿se perjudica cuando le prestan dinero mediante aseguramiento de algo que responda por la suma prestada? Creo que esta teoría es propia de los científicos, pues no es deshonor ni descrédito garantizar las deudas, ni tampoco una ventaja el no exigirnos garantías las casas prestamistas; pues es notorio el crédito de México en todo el mundo: sabemos pagar hasta lo que no debemos, porque tenemos decoro nacional. Allí están los frutos de la paz y del prestigio del general Díaz. Adquirir deudas cuando no son necesarias, sí que perjudica.

Convengamos entonces que esta parte de la exposición no prueba nada. La nación, como aseguran los científicos, no podrá pagar los \$12.500,000 oro con los productos de las acciones compradas en el término de dos años. En primer lugar, el plazo es muy corto, y en segundo, porque los dividendos que han repartido los ferrocarriles no han pasado del 4%. Siendo así, tenemos un producto de 4 por un pago de interés de $4\frac{1}{2}\%$. Resulta un déficit de un $\frac{1}{2}\%$.

Y si las entradas no pueden igualar á las salidas, ¿cómo es posible amortizar la deuda de \$12.500,000 oro americano en dos años? Por consiguiente, lo de que los productos pagarán la deuda contraída, sin gravar el crédito de la nación, es una paradoja cubierta de bellísimas flores literarias. En los dos años, según mis cálculos,—ningún ferrocarril, con la escasez del material, lo desatendido de las vías y el

pésimo servicio, podrá rendir arriba del 4% anual, --la deuda aumentará forzosamente. Cuando sale más de lo que entra, es imposible el saldo para igualar, á no ser con saldo deudor.

¿Todavía pretenden la legítima defensa? Los norteamericanos, los mejores ferrocarrileros del mundo, por algo vendieron la mayoría de las acciones, desde luego que no han tenido presente nuestro interés nacional, ellos que nunca se han dolido de nuestras penas.

Y he ahí que la operación llevada á cabo, en las condiciones indicadas, no produjo todo el efecto deseado. Tal vez con un plazo más largo, los dividendos, con el cambio de situación monetaria, los ferrocarriles podrían subir, impulsando el valor de las acciones en los mercados; viniendo el mayor reparto de dividendos, era fácil el argumento de los científicos. Mas para comprar acciones á ese precio y en tales condiciones económicas, ¿se necesitaba un gran financiero?

Si la operación no produjo grandes beneficios, pues á los dos meses de hecho aumentaron las compañías el 15% sobre el precio máximo de tarifas ordinarias, sí pesa sobre el país un empréstito de \$12,500,000 oro, pagadero á dos años. Es cierto que, conforme á los principios económicos, deben las naciones hacer uso de su crédito, á fin de que no pesen los gravámenes sobre una sola generación; pero también lo es que el abuso de ese crédito es altamente perjudicial y puede comprometer la soberanía del país.

Para mí, la gestión financiera del señor Limantour

es desacertada. Podría haberse eximido de la compra de bonos, y ejercer el gobierno el derecho que le asiste sobre las compañías ferrocarrileras, en gracias de las subvenciones otorgadas. Si el valor de las acciones baja en los mercados, la culpa no es del gobierno ni del pueblo, pues sabido es que las compañías han venido atenuadas á las subvenciones concedidas, aportando capitales cortos relativamente, en atención de lo mucho que hay que explotar. Esto ha dado por resultado un pésimo servicio, trastornando todos los ramos del progreso con la deficiencia.

Todo mundo está convencido que el crédito de un país depende de los valores á que se cotizan sus bonos de crédito; pero cuando el mal depende de la mala administración de las compañías emisoras, la culpa no puede recaer sobre el crédito de una república que va en auge, sino sobre las mismas empresas ferrocarrileras. Con vías mal construídas y servicios detestables, es evidente que los dividendos vendrán á menos. Corrijanse esos defectos, y el tráfico sube, haciendo subir el rendimiento.

Sin embargo, bajo otros auspicios hecha la nueva política ferrocarrilera, podría acreditar de buen financiero á su director; pero, si sigue como ha comenzado, fracasarán la política y su autor, y entonces podráse designar con el nombre de «torpeza ferrocarrilera.»

V

Se ve que el Partido Científico ha caído por el punto más fuerte: por las cuestiones financieras; y el que se creyó como un ruidoso triunfo, analizado minuciosamente, no puede resistir ningún análisis lógico.

Aun á pesar de los pasos tenebrosos en que se ha pretendido envolver la república, ¿se insiste en asegurar que los científicos son los mejores directores del pueblo, los guardianes de los intereses nacionales? La historia de ellos, desde que, desgraciadamente, aparecen elevados, se compone de puros empréstitos, todos ellos gravosos, descaminados de todo sentido común económico-político. Los únicos que han aplaudido las gestiones financieras de los científicos, han sido los banqueros negociantes de bonos, pues en menos de veinte y cuatro horas pudieron ganarse cuatro ó cinco millones de pesos; por lo mismo, desean la larga permanencia de los científicos al frente de la hacienda pública.

Viéndolos caminar de abismo en abismo, no ha faltado quien establezca la siguiente disyuntiva: ó los científicos procuran la ruina completa del país, ó quieren comprometer al general Díaz, minando el pedestal de prosperidad nacional sobre que se yergue su majestuosa y militar figura.

Siguen en su obra de destrucción á los científicos muchos gobernadores que se adhieren á ellos, sin saber lo que significa la palabra «científico.» Esos gobernadores, por lo general, participan de la con-

ducta de sus allegados en cuestiones financieras, pues también, por afinidad, son amantes de contraer deudas, por el gusto de gravar los intereses del Estado que gobiernan. Podría yo citar el nombre de algunos; pero basta con dar señas generales de ellos, para que los conozca el pueblo.

Si los tales gobernadores estuviesen enterados de las intenciones del Partido Científico, por gratitud al general Díaz, pedirían su pasaporte de una agrupación que trabaja en contra del gran caudillo.

Es inconcuso que, habiendo gobernadores científicos, comulgan con las ideas de éstos los satélites de segundo y tercer orden que rodean á aquéllos. El Partido Científico emplea á sus adictos de poca altitud en funciones de poco nivel, pues sólo son, como ya he dicho, vehículos de transmisión.

El crecimiento se lo deben los partidarios políticos del dinero á la actividad desplegada por los jefes de la capital, que son algo así como cerca de veinte. Realmente, el señor Limantour no se ha dado cuenta de los muchos trabajos de sus propagandistas. Pero, sea lo que fuere, ellos han tomado el nombre de él, y á su sombra propagan sus ideas disolventes. ¿Por qué han sido escuchados por algunos ciudadanos distinguidos? ¿A qué debieron la adhesión de la prensa?

Podrán tener los partidarios que quieran; pero á mí me cabe la satisfacción de exhibirlos, que este es mi objeto.

Deduzco de lo dicho, que el árbol tiene afectado el tronco de raíz, y pronto vendrá abajo la copa, seca por falta de jugo; porque los científicos han empleado mucha política y poco acierto.

En este mundo existe la manía de las tendencias á lo que se desconoce, y esta es la debilidad de los señores científicos. Pomposamente inventan palabras para designar sus torpezas políticas. ¡Y todo por el afán de sobresalir!

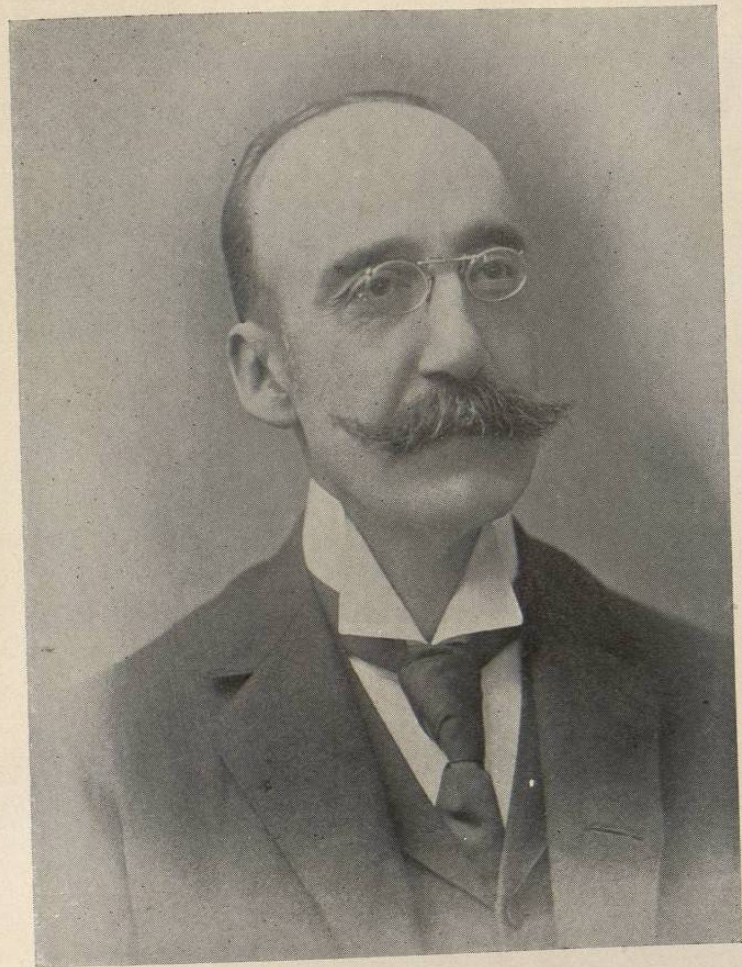
Ahora, derrotados por ese flanco — para ellos el más poderoso — ¿qué alegrarán? ¡Política ferrocarrilera llamarle á esa conducta desastrosa!

Para curarse de un mal, nos endosan dos terribles plagas. ¡Bien! Que no valen los argumentos expuestos. Aunque dicen que las líneas paralelas dan pésimos resultados, precisamente, las líneas paralelas remediarán el monopolio y alzas repentinas de las tarifas ferrocarrileras. Que, á la postre, cualquiera de las dos líneas quiebra, por no poder sostener la competencia, ó habrá una fusión, y entonces subirán las tarifas para resarcirse, esto es hablar con los ropajes de una bella literatura; pero jamás podrán convencer á los que entienden algo en cuestiones ferrocarrileras.

Se reducen á polvo estos argumentos, con reflexionar: 1º Que los americanos, al establecer líneas paralelas, conocen, mejor que los científicos, lo que hacen. Resueltos á trazar una línea paralela, saben bien los medios de hacer producir el capital invertido. 2º En estos tiempos, y en un país que va en auge en sus producciones minera, agrícola é industrial, no habrá empresa que desee quebrar. 3º Que es mejor y más práctico para el país, el establecimiento de líneas paralelas, porque habrá más vías de comunicación, y las comunicaciones son las que hacen subir el valor de la propiedad y dan más crédito á la

república. 4º Con una línea paralela de la capital á El Paso, tendrá la nación un formidable capital invertido en territorio nacional, que dará trabajo y vida á millares de ciudadanos mexicanos. 5º Que las líneas paralelas de ferrocarril no significan que, desde que salgan de México, guarden una distancia de un metro; pueden ir á mayor distancia y comunicar poblaciones ricas en minería y agricultura. 6º Que las compañías ferrocarrileras, sujetas á las leyes de la materia, no podrán subir sus tarifas cuando les plazca; el gobierno estará en su derecho para reducir las al orden y hacerlas cumplir con lo pactado, sin salirse de la órbita de sus deberes ni lastimar los intereses particulares. 7º A cualquiera empresa, dejadle que haga su santa voluntad, y el perjudicado será el público. 8º El gobierno debe vigilar por los intereses generales. 9º Por lo tanto, habiendo mayores beneficios para el país en las líneas paralelas, allá debe el gobierno dirigir sus miradas, sin tener que apelar á la compra de bonos para adquirir ninguna clase de control.

Lo sentado demuestra que el edificio háse vencido por lo más formidable, ó, en otros términos, que el Partido Científico, compuesto de personas que la han dado por las operaciones financieras, ignora los principios más rudimentarios de la ciencia económica, y su política ferrocarrilera es una atrocidad científica.



José López-Fonillo
y Rojas